

AMÉRICA LATINA Y SU EMPEÑO POR CONSOLIDAR UN POLO DE PODER REGIONAL

POR FERNANDO ARELLANO ORTIZ

En medio de la crisis civilizatoria o multidimensional que enfrenta el mundo a causa de los efectos perniciosos del capitalismo y su última fase (una de las más predatorias) el neoliberalismo, América Latina se constituye prácticamente que en la única región que está sorteando más bien que mal la debacle económica planetaria, y de alguna manera, apunta no obstante las infaltables dificultades y contradicciones sociopolíticas, hacia mejores niveles de desarrollo humano.

En efecto, en contraste con las profundas crisis económicas de Europa y Estados Unidos, los países latinoamericanos en su gran mayoría están rompiendo con los dogmas neoliberales y apuestan por una integración que vaya más allá del mero interés comercial y se sustente en la solidaridad política que permita consolidar cauces de cooperación en diversos ámbitos institucionales para alcanzar un óptimo Estado de Bienestar. Al fin y al cabo América Latina es la región con mayor desigualdad socioeconómica del mundo.

Por ello los gobiernos de América del Sur trabajan en la consolidación de un escenario como la Unión de Naciones del Sur (UNASUR) para poner en marcha mecanismos de desarrollo y defensa de la región. Simultáneamente, varios gobiernos progresistas del continente gracias al impulso de Venezuela han hecho realidad la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), la cual no es una zona de libre comercio, sino un espacio político y económico organizado, basado en la solidaridad y la complementariedad que tiene en cuenta las asimetrías.

Los pueblos del hemisferio han entendido que para salir de “la larga y oscura noche neoliberal” de la que habla el presidente ecuatoriano Rafael Correa, y que tanto dolor humano ha causado a millones de latinoamericanos, la región debe circunscribir su política de relaciones internacionales en la cooperación y no en la competencia.

Un despertar social y político

Para lograr el cambio de paradigma económico y posibilitar la elección de gobiernos de tinte progresista que han jalonado este proceso de integración regional y ejecución de políticas públicas de desarrollo social, muchas de ellas consideradas asistencialistas, Latinoamérica debió soportar los embates de las medidas de ajuste y saqueo que impuso el funesto modelo neoliberal. Estas fórmulas de pillaje y de desconocimiento de las conquistas sociales inspiradas en el llamado Consenso de Washington que muy poco tuvo de consenso y mucho de Washington, generaron el despertar de los pueblos que a través de su organización en movimientos sociales y en la movilización pública lograron convertirse en sujetos de cambio que posibilitaron llevar al poder a líderes con

vocación de cambio cuyo propósito al llegar a los gobiernos ha sido la lucha contra la pobreza, el desempleo, la exclusión, garantizando el acceso gratuito y universal a la educación y la salud. Es decir, hacer efectivo y real el rol del Estado de garantizar los derechos fundamentales.

La CELAC: ser o no ser

La búsqueda de autonomía, pero sobre todo, la integración política y la colaboración efectiva de la región, constituye “el ser o no ser” de la Comunidad de Estados de América Latina y el Caribe (CELAC), dijo el presidente de Uruguay, Pepe Mujica, durante el acto de creación de este organismo que busca reemplazar a la desgastada y desprestigiada Organización de Estados Americanos (OEA).

La Cumbre de la CELAC realizada en Caracas entre el 2 y 3 de diciembre sin la presencia incómoda de Estados Unidos y Canadá es otro paso más en la ruta por solidificar políticamente a la región. Este nuevo organismo de integración latinoamericana buscará concretar en el corto plazo un fondo común de reservas para enfrentar las turbulencias financieras y la creación de un organismo de derechos humanos alternativo al de la OEA.

Hacia un polo de poder

América Latina avanza paulatinamente hacia su propio destino como región no obstante ser un continente muy disímil, heterogéneo, lleno de diversidades de todo género: étnicas, geográficas, costumbristas, históricas. En medio de esa diversidad y de los elementos comunes como el idioma y las similitudes culturales que son decisivos en un proceso de integración, la sociedad latinoamericana está llegando a cierto grado de madurez política que le ha permitido comprender a cabalidad las circunstancias de la globalización en el sentido de entenderla como una muy hábil estrategia de los países desarrollados para cautivar los mercados del planeta. Tras las fracasadas recetas económicas del Consenso de Washington que solo han beneficiado al capital financiero especulativo transnacional en perjuicio de los intereses locales, la dirigencia latinoamericana de postura progresista terminó dándose cuenta, por fin, de que la dinámica del capitalismo salvaje que eufemísticamente lo denominan “globalización”, obliga a concretar sinergias, por lo cual América del Sur se encuentra en pleno proceso de estructurar un bloque común, en medio de las diferencias, para defender intereses compartidos en el ámbito internacional.

Para algunos analistas en geoestrategia internacional como el mexicano Alfredo Jalife-Rahme, América del Sur en ese sentido ya cuenta con un proyecto y se encamina a constituirse en un polo de poder.

Jalife-Rahme se refiere a América del Sur por cuanto que México y Centroamérica siguen siendo parte consustancial de la órbita política, militar y económica de Estados Unidos.

Nueva arquitectura financiera regional

Ese renovado espíritu integracionista de los gobiernos de América del Sur expuesto en diversas reuniones presidenciales se ha logrado concretar tanto en la creación de UNSAUR como en el fortalecimiento de instancias comerciales como MERCOSUR.

Las buenas intenciones de los jefes de Estado no solo se han quedado en retórica como en el pasado, sino que en medio de las normales limitaciones de un proceso de integración ambicioso, se avanza en la concreción de una propuesta para generar una nueva arquitectura financiera regional.

Los pilares básicos de esta propuesta que le dará sustento práctico a UNASUR se pueden sintetizar así, en palabras del representante del gobierno ecuatoriano Pedro Páez Pérez, quien en los últimos años ha venido trabajando para cristalizar este empeño integracionista:

- Una banca de desarrollo de nuevo tipo, como la iniciativa del Banco del Sur, con un conjunto de nuevas prioridades en materia de alimentación, energía, cuidado de la salud, ciencia y tecnología, conectividad física, financiamiento de la economía popular y nuevas prácticas bancarias.
- Una banca central alternativa, comenzando por la conexión directa, en red regional, de los bancos centrales, enlazados a sistemas de compensación de pagos, mercados virtuales de liquidez, sistemas multilaterales de créditos recíprocos, facilidades de emergencia de balanza de pagos, caja fiscal, y un fondo común de reservas regional.
- Desarrollo de un espacio monetario común, incluyendo la emisión de Derechos Especiales de Giro (DEG) regionales en el marco de convenios de compensación de pagos como la experiencia del SUCRE dentro de la Alianza Bolivariana para los Pueblos (ALBA).
- Bloquear la restauración del poder de chantaje de la vieja arquitectura financiera, pues el FMI ha dado más créditos desde la explosión de la crisis que en toda la década previa, y espera aún mayores aportes.
- Crear espacios para la política fiscal. La Conferencia de Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), por ejemplo, ha sugerido una moratoria inmediata de la deuda externa que debe ser combinada con la generalización de procesos de auditoría que podrían aprender críticamente de la experiencia ecuatoriana articulándose a la formación de un Tribunal Internacional de Arbitraje.
- Bloquear con medidas efectivas la ofensiva de los especuladores a nivel mundial.
- Para evitar retaliaciones políticas y sabotajes económicos a los procesos democráticos, es necesario impulsar una definición pronta y universal de controles de capitales y un impuesto a través de la denominada Tasa Tobin.

El liderazgo de Brasil y Argentina

El mapa político de Latinoamérica permite observar con claridad los avances o retrocesos del proceso de cambio que se viene dando en buena parte del hemisferio.

Brasil y Argentina, los países líderes de Suramérica, son las economías de mostrar. Ambas naciones que hacen parte del G-20, es decir, el grupo de países con las economías más fuertes del mundo, evolucionan en un modelo de mejoría social e industrialización que les ha posibilitado reducir la pobreza, mejorar los índices de desarrollo humano y configurarse como los impulsores de la integración regional.

Brasil por sus condiciones geoestratégicas y económicas juega como polo en América del Sur, hace parte del grupo de países conocido como BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) que está en pleno ascenso, y apuesta a consolidar el proceso de regionalización porque de él depende solidificar su influencia.

El rol de los gobiernos de izquierda

Los gobiernos de Hugo Chávez en Venezuela, Rafael Correa en Ecuador, y Evo Morales en Bolivia, se caracterizan por sus posturas de izquierda en el sentido de proclamar un socialismo para el siglo XXI y ser críticos de los efectos negativos del capitalismo en el desarrollo de la sociedad.

Estos gobiernos ostentan un gran respaldo popular y coinciden en haber logrado revertir la negativa realidad social de sus pueblos mediante la ejecución de políticas que han mejorado sustancialmente la situación de los sectores más vulnerables de la sociedad.

Mientras Chávez tiene como caballito de batalla un discurso antiestadounidense que le ha traído las simpatías de amplios sectores sociales y políticos tanto nacionales como internacionales y el desprecio de las oligarquías venezolana y latinoamericanas, Correa y Morales deben hacerle frente no solo a sus adversarios de la derecha sino a sectores de izquierda que los cuestionan y que intentan sin éxito organizarse para restarles sustento popular.

Los tres mandatarios tienen en común que su popularidad ronda el 60% y por lo tanto esa legitimidad les permite seguir adelante con sus reformas sociales y antimonopólicas.

¿Hacia dónde va Perú?

Tras la pesada herencia de los gobiernos neoliberales de Alejandro Toledo (2001-2006) y Alan García (2006-2011), quienes erigieron toda una arquitectura para favorecer el modelo de libre comercio entre Perú y Estados Unidos fundamentalmente, el presidente Ollanta Humala en sus primeros cien

días ha dado tímidas muestras de querer avanzar hacia una política de contenido social.

En medio de los poderes fácticos de la derecha peruana, Humala se ha atrevido en este breve lapso de gobierno a aumentar el salario mínimo, incrementar los presupuestos de educación y salud y poner en marcha varias políticas sociales. Sin embargo tiene como limitante que el modelo económico está sustentado en el extractivismo mediante la explotación de los recursos minero-energéticos.

El gobierno del mandatario peruano es una mixtura política del que hacen parte sectores tanto de la derecha como de izquierda y lo complicado es que su propósito es el de quedar bien con todo el mundo, lo cual puede terminar favoreciendo más los intereses del gran capital y los mercados que respondiendo a las ingentes demandas sociales.

Chile y Colombia: representantes de la derecha hirsuta

Finalmente, en el espectro político de Suramérica aparece lo más hirsuto de la derecha representado por los gobiernos conservadores de Sebastián Piñera de Chile y Juan Manuel Santos de Colombia, caracterizados por su apego irrestricto tanto a los dictados de Washington como a los principios fundantes del malhadado modelo neoliberal.

Tanto el heredero de Pinochet como del cuestionado expresidente colombiano Álvaro Uribe coinciden en ser agentes oficiosos del capital transnacional y como tales no tienen prejuicio alguno para entregar el patrimonio nacional a los grandes saqueadores que en términos neoliberales se conoce como “socios estratégicos” o “inversionistas extranjeros”, a quienes según su credo hay que darles todas las garantías de seguridad para el éxito de sus colocaciones financieras y empresariales.

Piñera y Santos, coinciden además en que, a diferencia del resto de gobernantes de América Latina, consideran a la educación no como un derecho sino como un negocio que debe manejarlo el sector privado. Ambos se enfrentan a sendas protestas y movilizaciones estudiantiles de gran aliento. El mandatario neopinochetista sigue adelante con su neoliberal propósito, mientras que el colombiano, más astuto en el manejo político, vio pasos de animal grande y temeroso de las consecuencias de la explosión social y del paro estudiantil en todo el país, se vio obligado a desistir de continuar con su desventurada reforma a la educación universitaria.

Para ambos mandatarios conservadores la “inversión extranjera” es fundamental para el desarrollo de sus pueblos y qué mejor entonces que entregar en manos de las transnacionales los recursos minero-energéticos para su explotación. Piñera busca denodadamente entregar un recurso estratégico para Chile como es el cobre mediante la privatización de Codelco, la corporación estatal dedicada a la exploración y explotación de este importante mineral. Santos, por su parte, fomenta la explotación de las transnacionales de minas de oro a cielo abierto, continuando con la política extractiva que dejó su

mentor, el expresidente Uribe Vélez, cuyo gobierno otorgó 8750 títulos mineros que prácticamente equivalen a la mitad del territorio colombiano.

Chile y Colombia como Centroamérica han unido su destino al de Estados Unidos, país con el cual tienen tratados de libre comercio y son además sus satélites en el hemisferio en lo militar.

México y Centroamérica muy cerca del Tío Sam

La región centroamericana, es decir la franja que geográficamente va desde Panamá hasta México depende económica, comercial y militarmente de Washington. Su dependencia se refleja en los dos últimos años en su lento crecimiento dada la crisis norteamericana y su panorama de seguridad es desolador. El narcotráfico, la criminalidad, la violencia en sus diversas expresiones y la corrupción permean los diversos actores de prácticamente todos los países centroamericanos, lo cual amenaza la estabilidad política e institucional de esta región.

Este ambiente enrarecido sumado al accionar de los carteles del narcotráfico de México hace que Centroamérica sea la zona de mayor tensión en el hemisferio. Políticamente la situación también es conflictiva. Si bien Nicaragua y El Salvador cuentan con gobiernos de tinte progresista sus pequeñas y débiles economías son dependientes de Washington.

Los gobiernos conservadores de Panamá, Costa Rica, Honduras y Guatemala, en donde se eligió como mandatario a un militar represor como Otto Pérez Molina, mantienen el statu quo y obedecen instrucciones del Comando Sur estadounidense en materia de seguridad nacional.

Guerra asimétrica financiera

No obstante la adhesión y su complejo de dependencia a Estados Unidos de Centroamérica y de países andinos como Chile y Colombia, Washington ha perdido influencia en las últimos dos décadas particularmente en América del Sur. En 2005 a instancias de los mandatarios de Brasil y Argentina, Luiz Inácio Lula da Silva y Néstor Kirchner el hemisferio le dijo no al ALCA (Acuerdo de Libre Comercio de las Américas) en la propia cara del tristemente-célebre George W. Bush, durante la Cumbre de las Américas de Mar del Plata. Y ahora, Argentina y Venezuela prácticamente le declaran a la Casa Blanca una guerra asimétrica financiera.

Desde la Casa Rosada en Buenos Aires se está desconociendo el orden financiero anglosajón y por si fuera poco, Argentina y Brasil pusieron en marcha los denominados swaps (permutas financieras) para evitar utilizar el dólar.

Entre tanto, desde el Palacio de Miraflores en Caracas, el presidente Chávez ordenó sacar buena parte de las reservas de oro. Según algunos analistas los halcones de Washington tarde o temprano pasarán cuenta de cobro a los gobiernos de Argentina y Venezuela por haberse atrevido a tanto.

La gran amenaza de América Latina

Si bien Latinoamérica a diferencia de Europa y los propios Estados Unidos está logrando crecer económicamente a un promedio del 5% anual según la CEPAL, los rezagos del modelo neoliberal son un gran riesgo para el desarrollo social y la defensa de su medio ambiente.

El resurgimiento del denominado neodesarrollismo que se plasma en el predominio del extractivismo de materias primas, principalmente de recursos minero-energéticos, la extranjerización de la economía y el desplazamiento de las viejas burguesías nacionales por nuevos grupos exportadores, constituye una verdadera limitación en el avance por limitar los abusos y desafueros del capitalismo especulativo y depredador.

Este esquema lo único que busca al decir del economista y científico social argentino Claudio Katz, es remodelar el orden social vigente mediante la aplicación de acciones de regulación estatal y fuertes subsidios a los grupos empresariales que se desea promover como protagonistas de la vida económica.

Y como protagonistas de primera línea en la vida económica de los países suramericanos se encuentran actualmente las transnacionales dedicadas a la explotación de recursos naturales, particularmente a los proyectos de minería a gran escala.

Es lo que el exministro de Energía ecuatoriano Alberto Acosta ha denominado “la maldición de la abundancia” para significar que “somos pobres, porque somos ricos en recursos naturales”.

En el proceso de explotación de estos recursos como base para financiar la economía, explica Acosta, “los efímeros boom acarrear profundas perversiones. A la postre el conjunto social se empobrece, los derechos fundamentales de las comunidades son atropellados, la naturaleza es depredada, los ingresos generados no dinamizan la economía nacional, la violencia y la voracidad se institucionalizan, el autoritarismo gana terreno y se mina la democracia”.

Lo anterior lo confirma la doctora argentina en Sociología Maristella Svampa, quien en uno de sus múltiples análisis recientes sobre el modelo extractivista señala que en la actualidad, no hay país latinoamericano con proyectos de minería a cielo abierto “que no tenga conflictos sociales suscitados entre las empresas mineras y el gobierno versus las comunidades: México, varios países centroamericanos (Guatemala, El Salvador, Honduras, Costa Rica, Panamá), Ecuador, Perú, Colombia, Brasil, Argentina y Chile. Según el Observatorio de Conflictos Mineros de América Latina (OCMAL) existen actualmente 120 conflictos activos que involucran a más de 150 comunidades afectadas a lo largo de toda la región”.

“La minería metalífera a cielo abierto se ha convertido en la actividad más cuestionada en la región, en una suerte de figura extrema, un símbolo del extractivismo depredatorio, al sintetizar este conjunto de rasgos particulares directamente negativos para la vida de las poblaciones y el futuro de nuestros países. En consecuencia, no se trata solamente de una discusión económica o ambiental, sino también de una discusión política sobre los alcances mismos de la democracia: se trata de saber si queremos debatir lo que entendemos por desarrollo sostenible; si apostamos a que esa discusión sea informada, participativa y democrática, o bien, aceptamos la imposición de nuestros gobernantes locales y las grandes corporaciones, en nombre del nuevo consenso de los commodities y de un falso desarrollo”, puntualiza Svampa.

La nueva cara de las luchas sociales

Los movimientos sociales de América Latina siguen estando alerta para enfrentar los rezagos del funesto modelo neoliberal y muy seguramente serán capaces de volverse a movilizar cuando los gobiernos no sean capaces de frenar los abusos de los agentes del capitalismo especulativo y rapaz como en el caso de la infame explotación de la minería a gran escala.

En los últimos meses una nueva oleada de protestas sociales que empalma perfectamente con la irrupción de los llamados Indignados de Europa y Estados Unidos han sido las extraordinarias movilizaciones de los movimientos estudiantiles de Chile y Colombia. Podría afirmarse que son la nueva cara de las luchas sociales en la región, sobre todo, en el corazón del neoliberalismo suramericano. En Chile donde ha resucitado el espíritu político del pinochetismo y su afán utilitarista del capitalismo; y en Colombia, un satélite económico-militar de Washington, que al decir de la periodista María Antonia García de la Torre, es “el tercer país más desigual del mundo que cuenta con el ejército más temible de Latinoamérica y la educación más inequitativa”.

La expresión de inconformidad y rebeldía de los jóvenes así como de los sectores populares de la región constituyen el nuevo sujeto de transformación y la nueva cara del devenir de Latinoamérica.

Bogotá, enero de 2012.